

LAS IDEAS

Por Antonio Hernández Travieso

CERCENARSE un brazo cuesta menos que cercenarse una idea. Yo tenía las mías, y quise mantenerlas. Tal vez me haya costado la entrada en la Historia de Cuba. Pero estoy complacido en mi mismo, jamás tuve nota de arrepentimiento para como actué. Y he sufrido. Sobre todo quien como yo vivió en los deseos de servir a su prójimo en la vida pública. Porque mi oscura historia de amante de la tierra que me vió nacer comienza así: tratando de servirla lo mejor que podía. Por eso hasta imagino que ésta, mi oscura historia, también sea útil para la otra Historia, pero no soy yo, en rigor, quien debe decidirlo, sino quienes me lean.

Soy camagüeyano, de vieja estirpe: Betancourt. Mi solo nombre aclara mucho de la historia criolla. Esa que no figura en los anales de nadie. La historia que no se escribe de las pequeñas y oscuras como la mía, y donde cada acto individual explica los grandes acaecimientos cubanos que los autores de manuales después repiten aburridamente sin saber nunca cómo se generaron. Soy un Betancourt, ya dije, y quiero a mi patria. Mis ancestros radican en Islas Canarias. Alguien dijo de los isleños como obstinados en sus propósitos, yo lo soy; también se ha dicho de ellos como raza viril y hermosa, que otros lo aprecien, no yo. Solamente me arriesgo a afirmar que allí donde hubo un pedazo de tierra que labrar hubo siempre un isleño que la hiciera feraz. El himno de fundación a la agricultura cubana lleva grabado los nombres de tres distintos gremios humanos. franceses, isleños y negros. Los franceses fueron los señores fugaces del látigo y la gran técnica. Los isleños los colonos humildes y permanentes, grandes sufridores de sol y trabajo. Si los franceses enseñaron a sembrar menos rudimentariamente, los isleños aportaron el cuidado amoroso de las plantas, cuyos frutos recogió la mano esclava del negro. Del negro posiblemente debe más la agricultura criolla que de nadie. El gran pecador de Don Francisco de Arango y Parreño lo dijo, no se puede prescindir del negro si no es mermando las utilidades del hacendado. Pero los Betancourt, tal vez por solidaridad gremial con los que también venían de abajo, simpatizába-

mos con la causa del negro. ¿No fué el Lugareño quien dejara plantado a un Capitán pedáneo peninsular para continuar charlando con uno de sus libertos? Yo, Agustín Betancourt, también he sido enemigo de la esclavitud. Y mucho discutí sobre el punto con los que después pasaron como héroes de la Guerra Grande.

Antes del estallido del 68, solía trabajar ardua y gratuitamente en favor de mi patria. Mi gran voz inspiradora fué José Antonio Saco. Sea, yo fui un reformista, quizás de los más tardíos, porque aún hoy, 1882, sigo defendiendo aquellos ideales. Aun marchó aferrado en las palabras de Saco con que me negué a secundar el movimiento armado del Camagüey: el día que me lanzara a una revolución no sería para arruinar a mi patria, "porque yo tenía la profunda convicción de que no podía ser libre un país que tenía esclavos, y no querían aceptar mi proposición de principios porque cada dueño le diera la libertad a todos los negros de un fuetazo". También creían ellos "que podía llegarse a la victoria sin Dios, y yo no creía". Por eso les insistí "que no iba con ellos a la manigua, y no fui a la manigua. A pesar de esto sé que no me odiaron, y que muchos en la manigua elogiaron mi conducta, y envidiaron—son palabras textuales—, la energía y franqueza con que me manifesté y probé mis convicciones".

Ya dije de mi obstinación ancestral, ¿acaso no soy un Betancourt, un isleño? Quizás fueron mis prejuicios los que me impidieron marchar. ¡Pero qué prejuicios!, libertad de los negros y un Dios para creer. Luego, ellos en Guáimaro abolieron la esclavitud, pero ya yo estaba lejos de lo que calificué, quizás con demasiada crueldad, "indigesto guarapito con sangre".

Estaba distante cuando lo de Guáimaro. Había llegado a La Habana, ¿y adónde podía acudir mejor sino a la Universidad, al viejo Convento de predicadores para echar un abrazo en los pechos de mis antiguos camaradas de estudio? Confieso que "fui derecho del muelle a la Universidad. Allí pregunté a un cancerbero que no conocí por José Ignacio Rodríguez, Pepe Mestre, Frasquito Fesser, Antonio González de Mendoza. Cada una de sus respuestas me causaba mayor susto. A todos les habían seguido la pista y acababan de volar a extrañas regiones". No se hace necesario describir mi gran desconsuelo y mi gran soledad intelectual.

MONIMONIO
MENTAL

4

21

0000095

Quizás yo fuese el único solitario de su sola idea. Luego supe que no, que había otros en mi comunión. Pero estaba intelectualmente solo y fui a enterrarme a donde nadie me siguiera la huella, a Marianao. ¡Me sepulté con mis ideas y mi miseria! La negra necesidad me obligó a transformarme en profesor de segunda enseñanza. Duros, muy duros, fueron aquellos años. Sin embargo, le estoy agradecido a La Habana. Yo, que fui a exilarme en ella. Pero no hubiera cedido en mis ideas por nada, antes que me cercenasen un brazo. Los hijos vinieron, hasta cinco de ellos, y mi mujer se puso mala, cada vez más decadente y enferma. Cuando alumbró la paz ya ella era un recuerdo dulce entre mis amarguras. Yo era un viudo cargado de hijos e iba a retornar a mi Puerto Príncipe, también con mis miserias. Aquí estoy, en este año de 1882, escribiendo mis cuitas, en un momento libre que me deja el tedioso cargo que desempeño en el Banco Agrícola, donde apenas gano para comer. ¡Cómo han rezumado los recuerdos de hace catorce años! Cómo entonces pienso que también pude haber entrado por la puerta ancha de la Historia de Cuba, pero no quise hacerlo por no traicionarme mis propios ideales. ¿Acaso no me he cansado de repetir que es más fácil cercenarse un brazo que una idea?

M. Maza 1/46